

León Arsenal

Bandera Negra



1837, España vive su cuarto año de la guerra civil llamada más tarde Primera Guerra Carlista. El capitán Juan Miralles, antiguo corsario y revolucionario, ha regresado a la Península para luchar por los liberales. Con su buque, el Bien Parecida, recorre las costas de Castellón combatiendo a los contrabandistas de armas y a los piratas carlistas que atacan a las naves de cabotaje. Con él navega su sobrina Mercedes, pues no encuentra mejor forma de protegerla de sus enemigos. Y a su barco llega el teniente de la Milicia Nacional, Jerónimo González, para interesarse por unas obras religiosas que, en su día, el hermano del capitán salvó de las tropas napoleónicas. Pero las piezas no están en poder del capitán Miralles y recuperarlas no va a ser tan sencillo.

*Para Blanca Diego Fernández,
que sabe apreciar el arte y ama la mar.*

Nota previa

Una novela ambientada en el siglo XIX requiere, ante todo, cuidado. Disponemos de una cantidad enorme de documentación y eso es a la vez una ventaja y un riesgo. A mayor conocimiento, mayor posibilidad de pasar por alto un dato y equivocarse. Sobre todo si la novela se inspira en un episodio histórico muy ignorado por el público como es el de la guerra corsaria que se libró en las costas de Castellón y Tarragona durante los últimos años de la Primera Guerra Carlista.

Lo segundo que precisa es conocimiento del terreno. En una obra situada en época romana, asumes que han cambiado el clima, la flora y hasta la orografía. Pero si tu novela se desarrolla en la provincia de Castellón y en el XIX, más vale que te sitúes para escribirla. Si viajas por el interior de esa provincia, descubres parajes agrestes, llenos de vegetación, que no han cambiado gran cosa y te es más fácil ponerte en el lugar de los viajeros que transitaron por allí hace doscientos años.

Tienes que ir a San Mateo para ponerte en la piel de los sitiadores carlistas. Entender cómo verían, desde los cerros, el núcleo urbano amurallado y la iglesia con ese campanario enorme que es como una torre fortaleza y que, de hecho, sirvió de refugio a los defensores liberales.

Tienes que pasar por Cuevas de Vinromá para apreciar que es población antigua. Pasar y no solo documentarte o visualizar la geografía en el Google Maps. Así es, como

puedes suponer, sin mucho riesgo, que ya era así hace doscientos años.

Son dos ejemplos. Para una novela de este tipo, merece la pena recorrer la tierra.

De igual manera, por mucho que hayan urbanizado. Tienes que acercarte a la costa, a ver y sentir los parajes por los que viajaron los protagonistas de tu obra. Así puedes imaginar qué pudieron sentir mientras navegaban a la altura del asedio de Benicarló, y cerciorarte de que divisaban a lo lejos la mole de Peñíscola y, en la enfilación adecuada, la cúpula azul de la iglesia de Benicarló.

Lo tercero que exige una novela como esta es elección. ¿Usar topónimos y nombres propios en español o en valenciano? Mi elección ha sido la primera cuando aparecen en el texto narrativo, pero cuando los mencionan los personajes están en valenciano. Ese cambio sirve para dar sabor, para sumergir al lector más en la historia. Es un recurso narrativo y, por tanto, lo empleo. Al fin y al cabo, lo que tenemos que hacer los novelistas es eso: narrar, contar historias.

Y, para ayudar a la historia, he introducido un artificio. Como soy consciente de que esa Primera Guerra Carlista, sus hechos de armas y sus protagonistas se han borrado en buena medida de la memoria colectiva, incluyo al final del libro una cronología de los principales sucesos de la guerra, en las fechas en las que se desarrolla *Bandera negra*. Espero que pueda ayudar a los lectores que deseen recurrir a ella.

En la mar, cerca de Alcocebre, 1790

Los jabeques fueron barcos de tres palos y velas latinas, originarios del Mediterráneo. Eran naves rápidas y muy marineras, de dimensiones diversas. Las más grandes podían llevar hasta treinta cañones y más de trescientos tripulantes. Corsarios de las más diversas naciones, entre ellos los españoles, emplearon jabeques desde el siglo XVII hasta comienzos del XIX.

Estos buques desempeñaron un papel de primer orden en las guerras navales que sostuvo España a lo largo de esos siglos contra rivales tan fuertes como los berberiscos o los ingleses. Atacando a las embarcaciones mercantes contrarias o dando apoyo a la armada propia, los jabeques corsarios españoles llegaron a ser claves y, sin ellos, no se entiende cómo España pudo sostener su poderío marítimo frente a una multitud de enemigos que, todos juntos, gozaban de una superioridad abrumadora.

A primera mañana un jabeque español se trabó en batalla con dos berberiscos, cerca de Alcocebre. Lo presenciaron varios botes de pesca y una barca valenciana, cargada de arroz y habichuelas. Y si para ellos la lucha resultó tremenda, mucho más lo fue para sus protagonistas.

El español era el corsario *Venturoso*, del capitán Damián Carbonell, que venía persiguiendo a los berberiscos, tras una incursión de estos cerca de Peñíscola. Carbonell estaba esa noche fondeado en Vinaroz y, al oír los cañonazos de aviso, desde las torres vigía, zarpó sin dilación en busca de pelea. Pudo alcanzarlos porque los berberiscos habían enviado a una partida tierra adentro, lo que les demoró lo bastante.

Los testigos contaron que los tres barcos navegaban a todo trapo, con las enormes velas triangulares hinchadas de viento, a tanta velocidad que las proas saltaban. Las cubiertas hervían de hombres y, desde lejos, podían distinguir los mosquetes, así como el centelleo de las bocas de los cañones, listos a disparar.

Los berberiscos iban próximos a la costa y el *Venturoso* algo más mar adentro, impidiéndoles así apartarse de tierra. Gracias al ángulo, los españoles cambiaban tiros de mosquete con el más grande de los enemigos. Una vez dispararon el cañón de proa, más para alertar a buques amigos próximos que con la esperanza de acertar al otro, dada la distancia y a esa velocidad.

De golpe, los fugitivos cambiaron de estrategia. Viraron para hacer frente al español. Algún testigo afirmó más tarde haber visto cómo, desde el grande, hacían señales al otro para la maniobra. Enseguida comenzaron a dispararse cañonazos.

Los berberiscos eran más numerosos, en hombres y piezas. Su jabeque mayor era similar al *Venturoso* y el pequeño dispondría de veinte cañones y cien hombres. Iban huyendo porque su negocio era el saqueo, no porque temieran combatir. Y porque esa vez tenían órdenes de evitar en-

frentamientos y de alejarse cuanto antes de las costas españolas.

Pero aquel día intervino el azar que lo gobierna todo. Un disparo de mosquete, de los que cruzaban en la persecución, alcanzó al hijo de Baba Bey, capitán del jabeque mayor. El chico estaba a su lado, en el puente, y al verlo caer muerto perdió la cabeza. Olvidó las órdenes, las costumbres y cualquier prudencia. Mandó virar para tomar venganza contra aquel corsario que había matado a su hijo mayor.

Y así, los tres buques se trabaron en batalla, cerca de la costa.

Juan Miralles y Francisco Subirats estaban a bordo del *Venturoso* aquel día de humo y estruendo. No eran más que dos pajes de doce años y fue su primer combate. El que no se olvida. El que dejó huella en ellos y marcó su vida en los años por venir.

La batalla fue encarnizada por las ganas de revancha de todos. Si los berberiscos querían vengar al hijo de Baba Bey, los del *Venturoso* también tenían cuentas que ajustar, porque las familias de casi todos habían sufrido con los ataques berberiscos. Había allí muchas deudas pendientes.

Corrían los pajes por cubierta, demasiado atareados para sentir miedo, llevando cargas de pólvora a los cañones de cubierta. Zigzagueaban entre marineros, artilleros y tiradores. Lagrimeando por el humo, medio sordos por los estampidos, atufados por los olores a pólvora, brea y cuerpos sudados.

Los jabeques se cruzaban cañoneándose, para luego virar y volver a atacarse. A veces pasaban tan cerca que los chicos podían distinguir rostros y oían los gritos. Aquel día entendieron por qué los de los jabeques se jactaban de que esos «eran barcos para hombres de verdad».

Naves de mástiles inclinados y velas enormes que peleaban como avispas. A distancias más cortas que los grandes navíos de línea. Se disparaban con cañones y mosque-

tes, se arrojaban frascos de fuego si llegaban lo bastante cerca y, no era raro que entrasen al abordaje, al arma blanca. Allí no era como en los navíos de línea. Allí se mataban viéndose las caras.

El capitán Carbonell estaba junto al timón, voceando órdenes. Navegó en su día con el gran don Antonio Barceló, el más grande de todos los corsarios españoles. No se cansaba de narrar las aventuras que vivió bajo su mando y todos sabían que, pese a sus años, aún soñaba con emular sus hazañas.

Ese día tuvo ocasión. Contra dos jabeques llenos de moros aguerridos, airados, que les disparaban con todo lo que tenían. Y bien que supo aprovechar esa oportunidad que le brindaba la suerte.

Miralles y Subirats, ambos de tierra adentro, novatos en la mar y en la guerra, no se enteraron ni de la mitad. Corrían entre humo, gritos y estampidos. Descalzos, sorteando hombres y obstáculos, tratando de no pisar los charcos de sangre. Los heridos de bala, metralla o astillas, se quitaban de en medio como podían, mientras el cirujano y los criados se multiplicaban taponando, haciendo torniquetes y retirando caídos.

Porque tuvieron no pocas bajas en aquella jornada.

Los chicos tampoco salieron indemnes. Subirats se cayó dos veces y los golpetazos le redolieron días. Y una astilla larga, arrancada de la borda por una bala de cañón, se le clavó en el hombro izquierdo a Miralles. Tuvieron que sajarle, dolió horrores y le dejó cicatriz de por vida. Una que lució siempre ufano. Su primera herida de guerra.

Como ufanos estuvieron siempre ambos de aquel combate, en el que vencieron tras lucha larga. Tan larga que dio tiempo a que llegase, de Alcocebre, una nave guardapesca en su ayuda. Esa sin cañones, pero llena de hombres con mosquetes. Aunque su refuerzo no fue necesario.

No porque, en una de las ocasiones en las que viraron, el capitán Carbonell mandó pasar entre ambos enemigos.

Eso era meterse en fuego cruzado, pero los hombres obedecieron sin rechistar. Y así conocieron los pajes el pequeño infierno.

Desde la guardapesca, que llegaba a toda vela, así como desde los pesqueros y la barca, veían a los tres jabeques envueltos en humo de disparos, con las velas rasgadas y entre tronar de cañones. En la cubierta del *Venturoso* los tripulantes corrían de una a otra banda, para disparar de forma alterna sus piezas. Zumbaban las balas. Apestaba a pólvora, a sangre, a serrín.

A Carbonell, una bala le arrancó una oreja. Se mantuvo junto al timón, vociferando órdenes con el rostro ensangrentado. Ahí aprendieron Miralles y Subirats que el furor puede ser tan contagioso como el miedo. Porque la tripulación se había convertido en una turba de demonios harapientos y tiznados que cargaban y disparaban, cargaban y disparaban, tosiendo y lagrimando entre el humo negro.

Un tiro afortunado derribó el palo mayor del berberisco pequeño. El mástil cayó sobre cubierta, dañó el trinquete y dejó la nave escorada e indefensa. Casi al tiempo, una granada mató a Baba Bey y a su timonel, en el jabeque grande. Ambos sucesos sembraron el pánico entre los berberiscos.

Como ya llevaban castigo sobrado —el *Venturoso* llevaba también lo suyo— los del grande quisieron huir. No fue buena idea, puesto que ya no contaban con el apoyo del pequeño. El barco español, virando para disparar, le causó un destrozo enorme con bala, palanqueta y metralla.

Con la arboladura dañada, con muchas bajas y con sus mandos muertos, los del jabeque mayor se rindieron antes de que llegase la guardapesca. Aunque los de esta fueron de ayuda para hacerse cargo del jabeque menor, que se rindió enseguida. Algo que Carbonell supo recompensar más tarde.

Pudo, pues obtuvo buena presa. Dos jabeques con sus cañones. Y encontraron una carga intrigante: un arcón, en

el camarote de Baba Bey. Tuvieron que forzar las cerraduras, pues las llaves no aparecían. Ya alguno lo imaginó lleno de oro pero, para su chasco, no contenía más que papeles, escritos en latín y español.

Carbonell supo por los prisioneros detalles de la incursión y de ese cofre. No tanto como le habría gustado, porque los que sabían toda la historia habían muerto en el combate.

Los piratas venían de Trípoli, por lo que la tregua de España con Argel y Túnez no había sido violada. El difunto Baba Bey era un renegado, nacido con otro nombre en Alicante y alguien le había pagado para la incursión. El pagador —su identidad se la llevó el muerto a la tumba— le dio oro e instrucciones precisas. Desembarcar una partida entre Peñíscola y Benicarló, de noche, para atacar una masía sita a menos de una legua de la costa.

La partida mató al dueño de la masía, Leandro Rebled, así como a los criados que quisieron defender al amo o no acertaron a huir. Saquearon la casa y se apoderaron de esos documentos que tenía Rebled en su gabinete y que eran el objetivo de la incursión.

Dos renegados de la zona, que navegaban con berberiscos, fueron los que guiaron a la partida. A esos los ahorcaron al poco. Del expolio de los documentos se ocupó un turco viejo que también había muerto en la batalla. Solo él o Baba Bey podrían haber revelado quién pagó esa expedición pirata.

Aquello era todo muy raro y quedarse con la intriga le dolió a Carbonell casi tanto como la oreja perdida. No era hombre instruido, pero sí de mente inquieta. Se guardó los papeles, ya que el muerto no tenía herederos directos. Y, en los años siguientes, cuando se lo permitían sus andanzas corsarias, dedicó tiempo y esfuerzos a ese misterio con el que se topó de forma tan inesperada, una mañana de pólvora en la mar.

Ribera norte del Ebro frente a Flix, Cataluña, 1837

... y para aumentar lo horrible de esta situación, el brigadier D. Agustín Nogueras hizo fusilar en Tortosa, en 16 de febrero (1836), a la desventurada María Griñó, madre de Cabrera. Esta ejecución levantó en el mundo civilizado un grito de profunda indignación. España daba un triste ejemplo de la ferocidad de las pasiones políticas, tanto más horribles cuando proceden de la autoridad... Cabrera, en el despecho de su sentimiento, cometió igual crimen mandando fusilar a cuatro señoras que retenía prisioneras. La lucha entraba en el periodo del delirio; los carlistas se multiplicaban, las batallas eran frecuentes, los pueblos sufrían, España era un vasto campamento dividido en dos bandos, la situación del erario era angustiosa y el horizonte político no dejaba ver una luz.

Vicente Boix, *Crónica de la provincia de Valencia*, 1867.

Andrés Boix, sentado al sol, retrataba con mano rápida el paisaje. No tardó en acercarse Clark, llevado por la curiosidad y también como excusa para salir de la sombra. Notó Boix eso último y no pudo evitar una mirada amable de soslayo. Clark se jactó a primera hora de aguantar el frío, pero ahora bien que buscaba el sol, pues el aire era gélido y la humedad del río se metía en los huesos.

Protegido con su abrigo de esclavinas y su chistera, señaló con su pipa al otro lado del Ebro, al esqueleto de castillo.

—¿Merece la pena visitar las ruinas?

Boix, envuelto en su capa, aplicó algunos trazos, antes de alzar la mirada para responder.

—Sí. Es un castillo medieval. O lo que queda de él. Resultó casi destruido durante la Guerra de Sucesión.

Clark —largo, flaco y de ojos claros— nunca había oído hablar de la «Guerra de Sucesión». Sacó el catalejo del abrigo para observar, con la pipa entre los dientes.

—Hermosas ruinas.

Lanzó una ojeada a la acuarela de Boix.

—Tiene usted buena mano con la pintura. Sacará un buen cuadro de ese castillo. Este tipo de pinturas están de moda en Londres.

Supuso Boix que se refería a los cuadros de castillos italianos y de ruinas grecolatinas que los pintores románticos habían popularizado en el norte de Europa.

—Aquí, ahora, pintar esas cosas tiene sus riesgos.

—¿Por la caída de piedras?

—Pintar edificios, castillos o iglesias... es mejor hacerlo avisando y con permiso. Con la guerra la gente se ha vuelto suspicaz y, si ven a un forastero sacando retrato de un lugar con valor militar, lo mismo le toman por espía. Y, hoy en día, cuesta poco fusilar.

Clark sonrió, catalejo en mano. Señaló a un pajarillo azul posado en una mata.

—¿Qué ave es esa?

—Un martín pescador de la zona. *Blauet* lo llaman por aquí.

Como al conjuro de su nombre, el ave echó a volar, justo en dirección al castillo. Boix la señaló con su pincel.

—Ya ve. A los pájaros no los detiene ni la guerra.

—Son almas inquietas. Su calma es efímera. Les pasa lo que a mí, que nunca me quedo mucho en el mismo lugar.

»Y, hablando de calma, ¿cómo estará la cosa por aquí?

—Convulsa. Por estas comarcas no hay grandes contingentes de tropas. Por tanto, tampoco mucho combate. Pero tampoco paz. Los carlistas son mayoría en muchos pueblos de ribera, pero no tienen suficientes armas como para intentar dominar el territorio.

—¿Podremos pasar al otro lado del río?

—Claro. Lo que me preocupa es lo que haya más allá.

—¿No lleva usted salvoconductos y cartas de recomendación?

El otro apartó los pinceles para levantarse. Se quitó el sombrero de copa alta y alas vueltas para, con él en la mano, contemplar las aguas chispeantes.

—Un salvoconducto no protege de los bandoleros, ni de ser asesinado por una partida. Pero esté tranquilo. Si yo no creyese que puedo volver vivo de este viaje, no me habría puesto en camino.

Clark chupó con vigor, para que la pipa tirase.

—Le creo. No me lo tome a mal, pero no parece usted un aventurero.

—Lo soy, de los de lámpara y sillón. Prefiero leer aventuras ajenas. Eso me permite vivir cien vidas, gracias a lo que dejaron escrito otros.

—¿Y por qué hace este viaje, en mitad de una guerra?

—Justo por eso: porque llevamos ya cinco años de guerra. Todos pensaban que iba a ser cuestión de semanas. Los carlistas creían que el país entero se alzaría por su causa. Y en Madrid pensaban que esto era una revuelta de cuatro zarrapastrosos. Y ya ve.

»Debo atender negocios de familia en el sur de Cataluña, el Bajo Aragón, El Maestrazgo... Lo hemos ido dejando, esperando que la guerra acabase. Pero la guerra no acaba y ya no se puede dejar más.

—¿Y por qué usted?

—Porque soy yo el que no tiene mujer ni hijos.

Llegaba una lancha grande, remontando la corriente a remo, tripulada por cinco barqueros de aspecto curtido. Se cubrían las cabezas con pañuelos y portaban trabucos y fusiles. No enarbolaban bandera alguna en la embarcación.

—¿Esa es nuestra barca?

Echó Boix una ojeada a donde aguardaban varios lugareños, así como su criado con los mulos. Los primeros se estaban incorporando sin prisas para echarse a la espalda talegas y serones, señal de que pensaban pasar en esa nave.

—Supongo.

—¿Supone? ¿Es que no hay servicio regular?

—En épocas normales, sí. Ahora...

Volvió a valorar el aspecto duro de los barqueros. Se acercaban a la orilla alertas como el que teme una emboscada.

—Esta debe ser otra barca. La que cruza normalmente la habrán requisado los carlistas o los cristinos, si es que no la ha escondido el dueño. Dicen que ambos bandos están reuniendo todas las barcas que pueden.

—Eso es señal de que los dos esperan pasar muchas tropas de un lado al otro del río.

—En efecto.

Arribaba ya la barca a un punto propicio al embarque. Uno de los barqueros saltó para amarrar y luego tendieron una pasarela de tablones. Los paisanos estaban ya allí y alguno echó una mano. Boix hizo seña a su criado, para que acercase allí los mulos.

—Una cosa, Sr. Clark. Esos de la barca podrían ser carlistas. Hay barcas rebeldes desde Ribarroja al Delta, pasan-